

acertados vuestros caminos, vida verdadera de mi alma! ¿Pues dónde quedo yo, Dios mío, si no os sigo, y dónde iré á dar, si no me lleváis por esos pasos? ¿Cuándo me veré por Vos, como os veo por mí? ¿Cuándo amaré tanto mi desprecio, como amé la vanidad de la vida? Cuando por ser vuestro me veo atribulado y me alumbráis, luego aborrezco la vida, el mundo me fastidia, veo mejor la necesidad que de Vos tengo, suspiro más por Vos y os deseo; quisiera estar siempre con Vos, sin apartarme; cuando la carne está gustosa, todo esto se halla ciego y en olvido. Pues, Señor, vuestros caminos son los que me convienen; á ellos quiero, y por ellos deseo caminar. Dad fin á mi mala vida pasada; acabad la ceguedad de esta pobre alma; encended este desarreglado corazón en amor de vuestros pasos, y llevadme con misericordia por vuestros caminos. ¡Oh mi amor, oh vida de mi alma, oh luz de mis ojos, oh verdadero remedador de mis males!

¡Oh Madre de Dios sacratísima, oveja sin mancha, que aunque no pasasteis por estas deshonras, imitasteis perfectamente estos caminos del Señor! En las propias horas que El andaba estos trabajos pasados, caminábais Vos desde vuestra casa á buscarle llena de lágrimas y dolores, llena de fe y de amor, y llena de conformidad con la voluntad divina. El padeciendo, Vos sintiendo, amando y llorando, fueron vuestros sagrados corazones los dos únicos compañeros que más contentaron al Padre Eterno. Pues, Señora mía, Madre de misericordia, ¿cómo puedo yo ir acertado por otro camino? Señora mía, Reina de los ángeles, ayudadme desde ahora en adelante á aborrecer mi mala vida, y andar por este camino seguro del desprecio y humildad. Sed Vos mi valedora, y alcanzadme para esto la luz y fortaleza que yo no merezco. ¡Oh espíritus angélicos, que veis y alabáis estos admirables consejos de Dios, ciudadanos de la corte celestial, que también anduvisteis por caminos errados y los mudasteis en imitación de este Señor, y estáis gloriosos por este su abatimiento, y contempláis claramente estas soberanas verdades! Tened compasión de este miserable peregrino, ciego é ignorante. Alcanzadme una centalla de la luz que tenéis y del amor en que ardáis, para que me mude y encamine á vuestra compañía. Amén.

TRABAJO XXXV

Ser tratado como loco.

LEGARON á casa de Pilatos los sacerdotes y príncipes de los judíos, letrados y fariseos, con el Señor atado, y en tal figura, que pudiese juzgar Pilatos haber pasado con El algún nuevo y extraordinario caso; y para acreditar más el negocio con la autoridad de sus personas y con la opinión de religión y santidad, quisieron ellos mismos ser los acusadores; pero no entraron en el Pretorio ó Audiencia de Pilatos, por ser casa de gentil que ellos tenían por profana: cooperando también el día, que era entonces de la Pas-

cua, en que comían el pan sin levadura, que tenían por santo, y juzgaban quedarían inmundos y profanados para comerle si entraban en casa de un gentil que no guardaba sus leyes. Tal es y tan ciego el corazón humano, entregado á sus vicios, que muchas veces en cosas de muy poca importancia se muestra muy contenido, ya por la opinión de la gente, ó mantener el crédito de su persona. ó ya por respetos humanos, que ni hacen ni deshacen para el alma, y á ésta la tiene rendida á sus ceguedades, y tan empedernida en los vicios, que de ellos hace vida y por ellos insensiblemente pierde los tesoros del cielo.

Tenían estos infelices mortal odio al Hijo de Dios vivo que les estaba prometido, y ya dado: levantábanle muy falsos testimonios; pervertían toda verdad y justicia; procuraban con suma instancia quitar la vida al inocente Cordero; añadían muchas blasfemias contra El; feas ingratitudes á sus soberanas mercedes, que eran males muy para sentir; y no haciendo caso de ellos, antes bien cebando allí sus dañadas voluntades, con gusto de llevarlas adelante, se mostraban, por otra parte, muy escrupulosos de entrar en casa de un gentil, porque en ello profanaban su fingida santidad y quedaban inhábiles para comer el pan ácimo de la Pascua. Pilatos, mirando á la autoridad de las principales personas de los judíos que allí venían, salió fuera, ya que ellos decían no poder entrar en su casa, y oyó sus acusaciones, reducidas á que el Señor predicaba falsas doctrinas, que perturbaba el pueblo, comenzando desde Galilea hasta Jerusalén. Al oír Pilatos el nombre de Galilea, preguntó de dónde era el Señor, y oyendo que de Nazaret de Galilea, perteneciente á la jurisdicción del rey Herodes, que á la sazón estaba en Jerusalén, quiso congraciarse con él y mandó que lo llevasen allí, y que él le oyese y juzgase. Quiso Cristo nuestro Señor que Pilatos y Herodes tuviesen entre sí este cumplimiento sobre su persona, remitiendo Pilatos á Herodes su causa, y volviéndola después Herodes á Pilatos, por hacer el Señor sus obras en todas las partes donde entrase; pues siendo los dos enemigos hasta allí, contrajeron amistad con estas atenciones; y ya que no cabía en ellos por entonces otra cosa buena, á lo menos recibieron del Señor sin entenderlo, la merced de paz y amistad, importantísima entre los que gobiernan la república; y aunque fué á costa de mucha deshonra suya, no dejó de hacerles la importante merced de reconciliarlos, para que todos veamos qué hará, ó por mejor decir, qué no hará en los corazones que hallare llenos de su amor, deseosos de él, y dispuestos para lo que desea comunicar á las almas. No sabe el amor del buen Jesús estar ocioso, sino donde halla dureza de corazón é impedimentos voluntarios, y aun entonces se emplea en esperar y sufrir.

Retirado Pilatos, llevaron los judíos al Señor á casa del rey Herodes, y se le pusieron delante, acusándole vivamente de muchos falsos testimonios. Herodes hizo poco caso de las acusaciones, porque iban con tal desorden, que manifestaban claramente nacer

todo de envidia y puro odio. Pero alegróse en extremo de ver al Señor, por lo mucho que había oído de sus milagros, doctrina y santidad, y deseaba mucho verle, esperando que hiciese algún milagro en su presencia. Pero el Señor, que de todo cuanto nos convenía había dado perfectísimos ejemplos en su vida, quiso al fin de ella hacer esta entrada en el Palacio, para dejar también á sus siervos (que á veces se ven precisados á algún trato con los príncipes de la tierra) el ejemplo del intento en estos tratos, y las esperanzas que han de tener en conversar con las personas reales. Este era un ejemplo muy necesario, porque por la mayor parte la vista de la Real Majestad en la tierra es muy poderosa para mudar la pureza é integridad de los ánimos, que apartados de ella parecen invencibles: siendo muy rara la virtud que entre príncipes vive desprendida de ellos, que no tuerza la pureza de la verdad y de la razón por contentarlos; que entre ellos quiera más la gloria de Dios que la propia, y que desee contentar más al Señor del cielo, que á los príncipes de la tierra.

Y porque el trato con los reyes es la mayor prueba de la entereza de la virtud que puede haber en la tierra, nos enseñó el celestial Maestro en esta su entrada en el palacio del rey, muchas y muy importantes cosas. Primeramente no se metió El en el palacio, sino que fué llevado; para que entiendan sus siervos, que la verdadera necesidad y no el gusto, ó propia voluntad, los ha de llevar al trato con los príncipes. No pensó el Señor en dar gusto á aquel rey que tanto deseaba ver sus milagros, porque con ellos, en semejante coyuntura, no resultaba sacar gloria de Dios, sino sólo satisfacer el gusto y curiosidad del príncipe, por lo que no cuidó contentarle; y quien en las cortes de los príncipes no cuidare mucho de contentar sólo á Dios, se engañará por la mayor parte, y hará virtud del gusto de los Reyes, y se desvanecerá con deseo de parecerles bien y contentarlos, con lo que perderá la quietud y pureza de las virtudes de su estado. Ni quiso el Señor valerse de Herodes para librarse de sus contrarios, ni para sustentar el crédito de su persona, como pudiera lograr muy fácilmente, pues para ello importara mucho más un solo milagro con que diese gusto al rey, que todas las acusaciones de los judíos. Pero quiso que todos aprendiesen de El á mantener la buena opinión con pureza de virtudes, y valerse del sagrado de la buena conciencia, y de la interior conversación con Dios, como armas muy poderosas para tolerar trabajos y adquirir todos los bienes del cielo, sin cuidar del valimiento de los Príncipes que monta poco para las necesidades humanas, y mucho para llenar el corazón de vanidad. En fin, enseñó el Maestro á no esperar de los reyes más que lo que El sacó de su palacio, que fué mucha deshonra y afrenta por no haber complacido al rey; porque cosa tan sagrada como la esperanza del corazón humano, con que se puede conquistar el reino de cielos y alcanzar toda la divina riqueza, justamente queda en vano, si se aparta de los verdaderos bienes, y se emplea en un hombre que es rey para pertur-

bar los pensamientos humanos, terreno y mortal, para faltar en lo mejor, y dejar en vano todo el fundamento de lo que sobre El se levantaba.

Deseoso Herodes de oír á Cristo y ver algunas de sus maravillas, le hizo muchas preguntas procurando saber de El muchas cosas, no sólo de su doctrina, sino de las que estaban por venir, pues le decían que era tan Profeta que penetraba los pensamientos; pidióle hiciese en su presencia algún milagro. Pero el Señor, que no pretendía manifestarse por entonces, ni hacer cosa por donde impedir su Pasión (como le era muy fácil), y veía que cuanto allí hiciese, ó dijese, no servía más que para satisfacer la curiosidad de un rey que no deseaba las verdades para seguir las, y que no había de sacar gloria de su Eterno Padre, ni salud de las almas, á todo calló: ni respondió á Herodes, ni dió razon de sí, ni satisfacción á lo que le imputaban. Los judíos se aprovecharon de aquel silencio para acusar al Señor con más instancia, dándole por prueba de lo que decían contra El, y publicando, que como se hallaba en juicio, donde las verdades se habían de averiguar, se veía cogido, sin tener qué responder. Habría entre el rey, los de su corte, y los judíos, admiración acerca de los milagros del Señor, á que llamaban hechicerías, pasmándose de cómo por hechicería podía resucitar un muerto, y hacer ver á un ciego: de que sacarian que debía ser el más astuto nigromántico del mundo, sentenciando cada uno conforme le dictaba su ceguedad ó malicia. A todo callaba la divina sabiduría con tanta paciencia y sufrimiento, tan mal entendido de aquellos malvados, que bastando la modestia de su sufrimiento para conocer la inocencia, la torcieron para tenerle por loco y hombre de quien no debía hacerse ningún caso.

Y como ninguna gente del mundo se engaña más fácilmente consigo mismo que los príncipes de la tierra (porque como lisonjeados de todos, en la mayor parte se tienen por tan soberanos y divinos, que piensan deber querer todo hombre su privanza, y darles gusto en todo), no pudo Herodes persuadirse á que el silencio del Señor naciese, sino de poco entendimiento, y de ser hombre tan ignorante y para poco, que no sabía aprovecharse de ocasión tan oportuna como la que tenía para librarse de los enemigos; y así juzgó, que cuanto de El había oído eran ignorancias del pueblo, que con cualquier cosa se engaña y espanta; y en fin, lo juzgó todo locura y materia de que no debía hacerse más caso que de un puro desvarío; y le pareció castigo suficiente tratar al Señor públicamente como á fatuo y loco, á fin que el pueblo se desengañase y no hiciese en adelante caso de El. Para esto le mandó poner sobre sus vestidos una ropa blanca, que en el color y hechura debía de ser tan profana, ó ridícula, que manifestase bien á un loco chocarrero; y en esta conformidad le volvió á enviar á Pilatos, para que en el traje y modo con que se le volvía, conociese la cuenta en que le debía tener, cuán poco aprecio debía hacerse de sus cosas, como que bastaba publicarle por vagabundo y fatuo. Así trató Herodes y su corte

á Cristo en una sola vez que entró en el palacio; así salió de él menospreciado de todos los cortesanos, y en tal cuenta fué tenida la sabiduría divina en casa de los hábiles y discretos del mundo. Quiera Dios que aún hoy en las cortes de los príncipes (donde ya Cristo es adorado por Dios) no sea la doctrina de su humildad, mansedumbre y paciencia, reputada por tan gran locura, como El en su persona fué reputado en el palacio de Herodes.

Con esta ocasión y nueva afrenta, no se pueden imaginar los nuevos gritos, alborozos, injurias, y nuevos escarnios, con que los soldados trataron al Señor desde la casa de Herodes á la de Pilatos por todas las calles que pasaban. Y como el pueblo iba creciendo, y los que le llevaban se iban acalorando en el gusto de afrentarle, y el Señor mucho más en sufrir, callar, y sujetarse á todo, y á cada paso le iban perdiendo más la vergüenza, respeto y cortesía, teniendo todas sus cosas por fatuidad y engaño, todos le trataban ya como público traidor, engañador y loco. Para acomodarse al traje de fastuo que llevaba, se esmeraban en inventar gestos, y decir mil despropósitos y simplezas. Y como en grandes pueblos suele haber de todo, no faltarían en Jerusalén algunos tontos cuyas boberías irían contrabaciendo á vista del Señor, con otros muchos desatinos, atropellándole con puñadas y empellones, tirando de El para una y otra parte á cada gesto que hacían, como pudiera corresponder al más bajo y desatinado loco que anda tirando piedras por las calles. En este inmenso y afrentosísimo trabajo se vió por nosotros la eterna divina sabiduría del Padre, Hijo unigénito de Dios vivo, suma y eterna verdad, resplandor perfectísimo de la Majestad Divina. ¡Oh secretos de la divina sabiduría! ¡Oh verdades del Eterno Consejo, no bien entendidas! Pues aun siendo el Hijo de Dios sabiduría divina, quiso parecer loco en la tierra, y ser públicamente tratado como tal, para mostrarse más sabio en el sufrimiento de tales menosprecios.

Bien se temía el mundo de la doctrina de este Señor tan contraria á sus intentos, pues un día que le tuvo á la mano, trabajó tanto por abatir su persona, que en ella pudiese quedar desacreditada su doctrina. Armó contra el Señor toda su furia, sus reyes, sus príncipes, sus cortesanos, letrados y pueblo ignorante, para rendirle á sus pies; pero vive la eterna y poderosa verdad, que por el mismo camino en que el mundo pensó confundirla, quedó más ensalzada. Había de decir el espíritu del Señor por boca de su Apóstol San Pablo aquella sentencia: *Quien en Cristo Jesús quiere ser sabio, hágase fatuo*; y por eso quiso consagrar primero en sí mismo esta verdad, y consumir los consejos de su eterna sabiduría; vencer al mundo, fundar su Iglesia, poblar el reino de los cielos con dejarse tratar del mundo por loco, y hacer tan poco caso de la reputación que de él se podía tener en la tierra, que claramente viésemos en El, que toda la grandeza de la tierra no basta para que un corazón, capaz de las honras del cielo, se tenga por despreciado en sus abatimientos, ni por grande en sus honras. Esto

quiso decir San Pablo en aquella sentencia: *La sabiduría y discreción del mundo es simpleza delante de Dios*; y *La sabiduría de carne es la muerte*: porque como toda la discreción del mundo y todos sus puntos de honra no alcanzan para llevar un corazón al cielo, para el cual fué criado, resulta ser locura; porque toda la prudencia del mundo es valer mucho en la opinión de los hombres, hacienda, honra, y valimiento; perpetuar la fama en la tierra y emplear en ella las ocupaciones, cuidados y gustos de la vida. Empleando en esto todo su caudal é industria, viene la muerte y lo desarma todo, dando con él en tierra; piérdiese el alma, y viene á ser tan grande la locura, como fué el desenojo del cielo. Toda aquella prudencia terrena sirvió de muerte al alma, de pérdida del cielo, y falta de todo aquello por lo que siempre se afaná, que no puede ser mayor locura y necedad.

Por lo contrario la sabiduría de Cristo desprecia el mundo, se aparta de sus vanidades, abreza sus abatimientos, huye sus honras y valimientos, todos los cuidados de él los muda á Dios y al cielo; toda su grandeza la tiene en tan baja reputación, que se corre aun de mirarla; cuanto el mundo entiende menos esta sabiduría vive más contento de sí, por la experiencia de los bienes interiores que al mundo se le ocultan; y cuando á los ojos del mundo parece mayor locura perder los gustos tras de que ellos andan, conoce en ellos tanta falsedad, y en los que experimenta halla tanta verdad y substancia, que claramente conoce que la mayor locura para el mundo es la mayor sabiduría para el cielo. No conoce el mundo estos secretos, y por tanto se precia de entendido, siendo loco, y tiene por tontos á los que siguen la prudencia de Cristo. Pero San Pablo dijo, que no era el mundo digno de la conversación de estos, á quienes desprecia y tiene por indignos de la vida y de sus falsos gustos. Esto quiere decir aquella sentencia del mismo Apóstol: *El mundo está crucificado para mí; y yo para el mundo*. El fin de todas las alreñas humanas era morir un hombre crucificado, llegando á tenerlo por maldito. Dice pues San Pablo: Pagámonos muy bien el mundo y yo; que si él me tiene por maldito y en cuenta de un abatido en la cruz, y se desdena de mí y de la doctrina de Cristo crucificado que predico, yo le pago en la misma moneda, porque en más baja cuenta le tengo yo á él, y le desprecio como á maldito crucificado; de suerte, que por más que él de sí presume, no me engaña, porque le tengo por un puro estiércol para ganar á Cristo cuya sabiduría él no conoce. Valga el mundo cuanto quisiere, presuman sus prudentes y avisados, préciense de él cuanto quisieren; al cabo, sólo en los desprecios y las que juzgan tonterías de Cristo, hallan su remedio los humanos que se hubieren de salvar, como en sus falsas prudencias y engaños tienen cierta la perdicción.

EJERCICIO DE SER EL SEÑOR TRATADO COMO LOCO

¡Oh sabiduría eterna, oh mi buen Jesús, luz y amor de mi alma, mi bien único, mi verdadero Maestro y amigo! ¿Quién me dirá

ahora que no padecéis voluntariamente porque queréis? ¿Quién no verá que sólo vuestro amor os estrecha, y no la malicia ni prisiones de vuestros enemigos? Aquí encontráis un rey, que muchos días antes desea veros, oír vuestra doctrina, ver vuestros milagros y que se alegró cuando entrasteis por sus puertas, esperando ver alguna maravilla y grandeza de las que de Vos había oído. ¿Por ventura perdisteis entonces vuestro saber, vuestro poder y vuestra divinidad? ¿No podíais, Señor y gloria mía, confundir allí á los judíos, asombrar con milagros á aquel rey, manifestar los pensamientos de todos, mover los corazones de su corte con divinas doctrinas y descubrir vuestra sabiduría y Majestad? ¿Y todavía, estándos acusando con gran furia, calláis? Llénadlo todo de gritos, mentiras y falsos testimonios, ¿y ni aun preguntado volvéis por Vos? ¿El rey os pregunta por vuestra doctrina y no respondéis? ¿Os pide que hagáis milagros y no os queréis manifestar? Piensa que por autoridad de la real persona queréis medrar con él, ¿y no os aprovecháis de la ocasión en que podéis libraros de vuestros enemigos? Dejáis que os tengan preso é injuriado, como hombre sorprendido, confuso y flaco, haciéndose con eso vuestros contrarios más furiosos, pareciéndoles que con ello justifican más su malicia, en que Vos quedáis más abatido, ¿y todavía calláis y encubris vuestra sabiduría divina, Majestad, poder y quien sois? ¿Y sufrís que el rey os tenga en tan baja reputación que os desprecia con toda su corte hasta teneros por loco, hasta vestiros y afrentaros como mentecato y hasta llevaros por las calles y plazas como tonto, loco y engañador de la gente?

¡Oh mi amor, oh mi luz y mi eterna verdad! ¡Cuán lejos está el mundo de entenderos! ¡Cuán escondidas estas verdades á los ojos de la vanidad y la soberbia! Humilladme, Señor, concededme que os entienda y no quede fuera de esta celestial prudencia. Os doy Señor, infinitas gracias; os adoro, soberana Verdad; os adoro, eterna Sabiduría del Padre; os adoro, Jesús, luz de las almas, porque queréis mostrar tan claramente en vuestra Divina Persona humana la verdad de la doctrina, que por Vos y por vuestros Apóstoles enseñasteis, sobre que necesitamos hacernos ignorantes y necios para ser verdaderamente sabios; pues lo que con verdad no podéis pensar de Vos que sois la verdadera sabiduría divina, lo quisisteis pasar por obra con afrentas y deshonras tan grandes y tan públicas. Os doy infinitas gracias porque escondisteis á los soberbios estos secretos y los descubristeis á los humildes.

¡Oh, quien siempre os imitara en esto! ¡Quién tuviera vuestro espíritu para alegrarse de que la gente le tratase como necio y tonto para parecerse á Vos! ¡Oh, quien nunca pensase cosa grande de sí, ni apreciase la estimación de los hombres! ¿Cuándo, Señor, imprimiréis en esta alma esas eternas verdades? Ahora las veo, ahora las adoro; pero véome á mí muy lejos de ellas. Estimo ser visto, ser oído, ser alabado, y aborrezco ser abatido. Halla mi malicia muchas razones para calificar esto de bueno en mí, viendo en Vos lo con-

trario; y córrome de verme con Vos afrentado. Si veo que oyen á otro y no á mí, me inquieto; si le veo estimado y que á mí me desprecian, me perturbo; si le veo aplaudido y que de mí no hacen caso, me desconsuelo. ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Dónde está reconcentrada esta soberbia, teniendo delante de mis ojos ese espejo de verdades eternas? ¡Oh mi amor y mi gloria! Vos sabéis que si no me purificáis la interior vista, si no me dais íntimo y perpetuo recogimiento y si no hacéis que esta alma siempre os tenga delante, no es posible amar estas verdades, desearlas é imitarlas con gusto y afición, como Vos por mí las pasasteis. Perdonad, Señor, mis vanidades; traedme siempre en pos de esta luz; no me dejéis saber, oír, querer, ni amar otra doctrina ó camino.

¡Oh mi despreciado Rey! Por aquí venéis el mundo; por aquí abrasáis y alumbáis á vuestros siervos. Cuando vuestros perfectos imitadores se olvidan de sí por la continua memoria de Vos; cuando se glorían de verse despreciados; cuando por la interior ocupación en Vos pierden el tino en los negocios humanos, y por eso son reputados para poco, por tontos é ignorantes, no por eso perdieron la naturaleza flaca de los demás. ¿Pues, Señor, quien los enloquece? ¿Quién los hace necios? ¿Quién los inhabilita para el mundo? ¿Quién les quita la curiosidad de la vida? ¿Quién los transporta y embriaga interiormente? ¡Oh mi abrasado amor divino, penetrativo, fuerte, eficaz y convertidor de las almas! Vos, mi Señor, hacéis estas mudanzas; Vos prendéis interiormente; Vos enseñáis allá dentro otra sabiduría, que el mundo no ve; dentro cautiváis con otra hermosura que los ojos no alcanzan; dentro mostráis con otra luz que la carne no entiende; dentro mostráis otra prudencia que á todo lo de acá fuera lo hace tan bajo, tan necio y tan loco, que no pueden desprenderse de lo que por dentro experimentan, antes bien se avergüenzan de parecerse á los hombres que tratan las cosas exteriores y de seguir sus pareceres, pasmándose de la locura mundana. ¡Oh Jesús, suave compañero, rico y amoroso transformador de las almas, cuándo me convertiréis todo á Vos! Y si en Vos estoy viendo esto; si esto experimentan los vuestros, ¿dónde quedo yo cuando me estimo, cuando suspiro por los favores humanos, cuando me desconsuelo por el descrédito de los que esto no ven? ¡Tarde os conocí, hermosura tan antigua y tan nueva! ¡Tarde os conocí y amé! ¡Pluguiera á Vos que, aunque tarde, desde ahora os abrazase y amase de verdad con puro corazón! Vos estáis por dentro, y yo ando por fuera; Vos por dentro os mostráis y enseñáis á los que á Vos se convierten de todo corazón, y yo ando distraído y derramado por los ojos de los hombres, ¡por lo que os pierdo de vista. Convertidme á Vos, Dios mío, y seré convertido; mudadme, y seré mudado; enseñadme, y seré enseñado; unidme interiormente á estas verdades, y aunque ande loco en el mundo, andaré concertado. ¡Oh, quién enloqueciese por Vos, ó se volviese necio! ¡Oh, quién de sólo Vos, riquísima bienaventuranza mía, quisiese ser visto y estimado!

Enseñadme, sabiduría divina, luz que alumbáis á los que están

en tinieblas interiores con obscuridad y sombras de mortal ignorancia; enseñadme, mi divino Maestro, cómo habla con esto lo que Vos mismo dijisteis, que *mejor es el buen nombre, que muchas riquezas*. ¿Por ventura, Señor, es buen nombre el de loco, ignorante, hechicero, falsario y traidor que á Vos os pusieron? Mal nombre es el de la soberbia, avaricia, profanidad, envidia y otros vicios. Pero el de santo, justo, espiritual, contemplativo, juicioso, prudente y entendido en los negocios, ¿es acaso mal nombre, para que así os dejéis tener por loco y por malo? ¡Oh, mi Señor, alumbrad mis errores! Yo como malo pongo el buen nombre en contentar á los hombres, en que todos me tengan por virtuoso, en que alaben y tengan por buenas mis obras, en que aprueben mis consejos y justifiquen todos mis pareceres y palabras. Por eso me desvelo, y si no lo consigo, me inquieto; por esto me olvido de Vos, por esto se desvanece mi corazón, en esto empleo muchas palabras y ocupo diversos pensamientos.

No hablo de las desventuradas horas que gasté en vuestras ofensas, en alabarme y honrarme de lo que Vos aborrecéis, y en hacer virtudes de los vicios. Aun en los nombres santos me desvaneci y enloquecí, pensando que era obligación y ley vuestra sustentar el crédito de bueno con inquietud interior, y con soltura de palabras por afuera. ¡Oh necesidad, oh locura, oh ceguedad mía! ¡Oh gloria y honra de los justos! Enseñadme cuán buen nombre es, cuando soy tenido por necio ó cuando soy despreciado, el callar por amor de Vos, perderlo todo por Vos, olvidarme de Vos por todo, no hacer caso del parecer y juicio de los hombres, teniéndos á Vos por juez, por sabiduría, por riqueza, por hermosura y amigo de mi alma. ¡Oh mi humilde Jesús, cuán prudente soy cuando os amo! ¡Cuán loco cuando os pierdo! ¡Cuán sabio cuando parece que me pierdo por Vos! ¡Cuán necio cuando todo lo demás lo tengo sin Vos! ¡Cuán acertado cuando se me olvida todo por la suavidad de vuestra hermosura! ¡Cuán errado cuando me lleva la atención lo que es fuera de Vos! ¡Oh, si en alguna hora me veré así preso, así unido, así enloquecido á los ojos de los hombres por vuestro amor, todo embobado, todo entregado y todo poseído de Vos!

¿Para qué quiero vivir, mi buen Jesús? ¿Para qué quiero apartarme de aquí de vuestros pies? ¡Oh hermosura de la gloria, prendedme en Vos! Oh soberano, humilde y verdadera gloria abatida, ¿para qué quiero saber más, ni entender otra cosa? ¡Acabadme, Señor, aquí, si veis que he de amar ó estimar lo que no sea estas verdades. ¿Para qué he de vivir sin Vos, mi verdadera vida? ¿Para qué he de caminar sino por Vos, mi cierto y segurísimo camino? ¿Para qué he de entender, ni saber sino á Vos, mi luz de eterna verdad? ¡Acábase, buen Jesús, mis tinieblas. Abrazadme, mi despreciado Jesús; unidme á vuestra compañía. Desde ahora para siempre reanuncio, Señor, todo crédito, toda honra y toda estimación. Sean todos oídos y estimados, y sea yo desechado y olvidado. Sea yo el despreciado, y ellos los buscados; ninguna criatura se ocupe en mí; sólo Vos, buen Jesús, que sois mi hartura perfecta, tened cuidado

de mí; sólo Vos oidme; sólo Vos vedme; sólo Vos amadme, y sólo Vos os ocupéis de mí. Aquí tiene vuestro amor que transformar; aquí tiene vuestro fuego en qué prender; aquí tenéis, luz divina, tinieblas que alumbrar; aquí, sabiduría eterna, ignorancias que enseñar. Abrazadme, Señor; derretidme, Señor; enseñadme, Señor; abridme al mundo y levantadme á Vos. ¡Oh, si viera esta hora! ¡Oh, cuándo veré esta mudanza! ¡Oh, si nunca saliese de esta vista y compañía! ¡Oh, si todo lo que no sois Vos me fastidiase, cansase y disgustase! ¡Oh, si toda criatura me despreciase, olvidase, desechase y sólo Vos me poseyeseis y abrazaseis! ¡Oh, vida triste y cansada, que tan prolija eres y peligrosa! ¡Acábase, Señor, la vida, si de esto me he de olvidar; ó acabe en mí el amor de ella y de la vanidad, para que sólo Vos me alumbréis siempre, y para siempre, en toda hora, momento, lugar y ocupación. ¡Oh todo mi bien! Vos sabéis que no puedo entender la importancia de esto sin Vos, sin vuestra luz, ni ejercitarlo sin vuestro amor. Dadme lo que mandáis y mandadme lo que quisieréis. Haced en mí lo que queréis que haga, y haré lo que quisieréis; pues sin Vos no sé más que perderme, y con Vos todo lo sé, todo lo puedo, mi Dios, mi hermosura, mi gloria, todo mi amor y mi bien.

¡Oh Madre de Dios, mi Señora, verdadera imitadora de estas verdades, que con humildad cautivasteis los ojos del Hijo del Eterno Padre, y le atrajisteis á vuestras entrañas! El os estimó; Vos nunca os estimasteis; el ángel os llama Madre, y llena de Dios, y Vos os nombráis sierva, sin acertar á ver en Vos misma las grandezas que El veía; á Dios traíais en el vientre, y os encubríais; andabais rica de El, y callabais; no os estimaba el mundo, y andabais llena de Dios. Vos, Señora, veis cuán errado ando yo fuera de este camino. Despreciado por loco el Hijo de Dios y vuestro; desestimada en el mundo y desconocida la Madre y Reina de la gloria, yo siervo perverso, malo y pecador, ¿dónde iré á parar por el camino que hasta ahora llevé? Ayudadme, mi humilde y soberana Señora; aficionadme y atadme á estas verdades; plantad en este frío corazón el amor de ellas; alcanzadme del Señor que nunca sepa ni desee otra cosa; y cuanto esto no fuere, apartadlo Vos de mi corazón, de suerte que jamás entre en él, pues sabéis por experiencia la verdad de esta sabiduría encubierta. Oh santos ángeles, llenos de Dios, ricos de gloria, que perfectísimamente os humilláis delante del Señor, ni reina en Vos otra cosa que El, su luz y su amor. Oh ciudadanos del cielo, que lográis los frutos de estos desprecios, y estáis ricos de los tesoros que alcanzasteis por seguir esta sabiduría que aprendisteis del Señor; compadeceos de este ciego que anda tan fuera de este camino; ofrecedme á El con todos vuestros merecimientos y alabanzas; y alcanzad que me alumbré, humille é inflame en su amor é imitación, para que merezca esa compañía tan humilde y tan rica de todos los bienes soberanos. Amén.

TRABAJO XXXVI

Des crédito con sus amigos y triunfo de sus enemigos.

Los grandes trabajos, por la mayor parte, no suelen venir solos, sino acompañados de otros, que tal vez suelen ser tan grandes y notables, ó más que los principales. Vemos esto claramente en los del Redentor; pues cada uno de los que pasó en su vida, y mucho más en el día de su sacratísima Pasión, venía acompañado de tantas y tan sensibles circunstancias, que cada una puede ser contada por un gravísimo trabajo, pues por sí sola bastara para hacerle muy grande. La prisión trajo consigo andar por debajo de los pies de los soldados; ser vendido por su Apóstol Judas, y muchos modos de injurias y puñadas. El ser clavado en la Cruz causó descoyuntamiento de miembros y otras circunstancias en que había tanto que padecer y sufrir, como en el tormento principal, y lo mismo en los demás que padeció. El que desea acompañar al Señor en la compasión y sentimiento de sus trabajos, no debe pasar ninguna circunstancia sin particular consideración, ponderación y estimación, para agradecerse todo muy por menudo, y por cada cosa, amarle y recogerle en sus entrañas; pues la fe nos enseña que cada una de ellas, aun de las que parecen más pequeñas, puso en lo que estuvo de su parte tanta voluntad y amor para padecerlas, que justamente nos mereció por cada una infinitos y divinos tesoros.

Así de estas públicas afrontas que los judíos hicieron al Señor (como se ha referido) en llevarle atado por las calles de Jerusalén, despreciado, injuriado y tratado como loco, se le acrecentó otro grande trabajo, que acaso será bien entendido de pocos; pero de su naturaleza es tan penoso y gravísimo, que no podía el Señor dejarlo de sentir mucho; pues vemos que no perdonó á ninguna pena y dolor, que le pudiese hacer más sensible su Pasión; para que así fuese verdadero compañero y consolador de todos los atribulados, y mostrar la fineza de su amor en todo género de trabajo. Este fué el descrédito en que la sacratísima persona del Señor, sus divinas obras y doctrinas, quedarían en los corazones de los amigos que se holgaban de oírle y andaban siempre tras de El maravillados de la santidad de sus cosas; y por otra parte, veían triunfar á sus enemigos, que al fin salieron con la suya y consumaron cuanto meditaron contra su Majestad. Y aunque El lo ordenó así, no le costó menos pena y sentimiento que si lo padeciera forzado; porque quiso que en la voluntad y amor con que padecía ninguno le llegase, y que en lo mucho que todo le costaba, nadie le pudiese ganar. Ni puede la flaqueza é imperfección de la carne hacer tan pesado al trabajo forzado, cuanto le hace el amor divino que por voluntad carga sobre sí la pena á medida del mismo amor; el cual incomparablemente es más poderoso para hacer sentir lo que escoge por propia voluntad, que la flaqueza de la carne para sentir lo que padece por fuerza.

Cuanto á lo primero, no hay duda que la mayor parte de la gente aficionada al Señor quedaría suspensa y confusa, y los que más le trataban, más corridos; los que más le seguían, más avergonzados; y, generalmente, todos dudosos de la verdad de su doctrina y milagros; porque como los más penetran poco la pureza de las virtudes, ni alcanzan mucho el secreto de los divinos consejos, y se gobiernan más por lo que ven los ojos que por el espíritu, hacen muy flacos discursos en las cosas y no atinan con la verdad encubierta. Tenían al Señor en gran reputación mientras le veían hacer milagros, penetrar los pensamientos de sus enemigos, obedecerle el mar, la tierra, la muerte, los demonios y no poder sus contrarios prevalecer contra El, sino quedar siempre confusos; andar la gente y el pueblo pasmados en pos de El; y ver esto en tan repentina transformación, que le llevaban despreciado, con las manos atadas atrás, sogá á la garganta, y tan entregado á todo, que aun los rapaces, alguaciles, soldados y sus enemigos, hacían de El cuanto querían; esto puso en los corazones de todos tanta duda de cuanto admiraban antes en el Señor, que es temible que aun los enfermos curados por su Majestad llegasen á dudar de su salud, aunque se veían sanos. Y como por las plazas y tiendas de oficiales había continuas porfías acerca de la persona y obras del Señor, defendiéndole unos con el recurso de que no podía hacer lo que hacía si no fuera enviado de Dios, y otros culpando sus obras y atribuyéndolas por envidia á hechicería; viéndole ahora llevar delante de todos tan abatido, ¿qué espanto no causaría? ¿en qué vergüenza y confusión quedarían los que seguían el partido del Señor? Por una parte, las fealdades que sus contrarios echarían en el rostro á sus amigos, y por otra, nuestra propia ignorancia siempre pronta á enflaquecer la fe, no dejan bastantes palabras para encarecer cuán desacreditado quedó el Hijo de Dios en la opinión de sus amigos, y cuán dudosos quedarían todos en lo que de El habían aprendido. Y como todo esto era muy patente á su eterna sabiduría, á quien nada puede ocultarse, no es imaginable el descrédito y afronta en que se vió delante de aquel numeroso pueblo la sacratísima humanidad, que conocía bien el riesgo en que estaba su crédito y reputación en los corazones de todos; y este fué un género de tormento tan excesivo, que ningún mártir le pasó, por no haber habido en el mundo quien padeciese tan vergonzosa afronta.

Tenía el Señor otros más particulares amigos cuya memoria le aumentaba la pena, como eran los Apóstoles, la Magdalena, María, Lázaro y otros, en cuyas casas se había recogido muchas veces, y les había dado particulares doctrinas; los cuales, aunque no llegasen á tenerle por malo, aunque le veían en tanto padecer, antes bien por la más particular experiencia que tenían de los judíos; con todo esto enflaquecieron en la fe de su persona, y pasaron gravísima vergüenza entre cuantos los conocían por particulares discípulos y familiares de Cristo; pues como no entendían todavía los secretos encu-

hiertos en aquellos abatimientos del Señor, y estaban afligidos y alucinados con ver que no se defendía, ni libraba de las manos de sus enemigos, cotejando estas muestras de flaqueza con el poder universal que en El habían visto, quedaban suspensos sin saberse determinar; porque, por una parte, el amor que le tenían los afligía, y por otra, la poca fe los perturbaba; y así todo en ellos era flaqueza; y en el corazón del Señor, á quien todo estaba patente, causaba una pena muy viva, y el trabajo de cada uno de sus amigos acrecentaba sumamente el suyo.

Juntad al descrédito que el Señor iba padeciendo en el corazón de sus amigos, el triunfo y victoria de sus enemigos; cómo andaban contentos y gozosos de salirse con la suya, y tener al Cordero entre las manos tan á su voluntad; cómo justificaban todas las malicias y ardidés que contra el Señor habían practicado; cómo acreditaban las blasfemias que habían dicho contra El, y cuanto habían hecho; cómo le hacían guerra con sus mismas virtudes y milagros; cómo toda la honra y gloria que había conseguido con sus maravillas, excelencia de doctrina y magestad del poder, lo torcían en más afrenta del Señor y en mayor triunfo suyo; cómo, á boca llena, acababan de confirmarle por embaucador y hechicero; cómo irían haciendo escarnio de sus discípulos y amigos, donde los encontrasen; y todo esto en las plazas y con toda publicidad, quedando ellos blasonando por la mansedumbre y silencio del Señor, yanagloriándose en sí mismos y muy ufanos de la victoria.

No hay duda que este género de afrenta y trabajo es de tal calidad, que cuantos pueden padecerse en esta vida no tienen semejante; porque ver el Señor convertir en mentiras sus eternas verdades, sus milagros en hechicerías, su santidad en locura, sin culpa ni motivo, sólo por lo que en El había de divino; verse tratado como si fuera peste de la república, y que la malicia, envidia, odio, blasfemias y diabólicos ardidés de sus enemigos, quedaban en opinión general consagrados y justificados por celo de virtud, por entereza de gobierno, por amor de la patria y triunfar la maldad contra sus virtudes soberanas, es un género de trabajo del que se puede decir lo que nuestro padre San Agustín afirma de la suavidad del amor divino: que sólo los que experimentan alguna parte de este trabajo, pueden rastrear lo mucho que lastima, aflige y cansa; y cuánta mayor grandeza y perfección de virtud es necesaria para sufrirle, que para los demás trabajos de esta vida. Por eso, ya que el Señor no podía padecer en su humanidad todas las penas de los mártires y trabajos de los justos, añadió á sus tormentos las cosas más penosas de la vida, las cuales le hacían tan pesada y grave su pasión, que no sólo servían como materia para mostrar la suma perfección y santidad de sus virtudes, sino para que viesen todos los atribulados del mundo cuán interiores quedan á las supremas olas de aliciecion y tormento, que El en su Pasión toleró.

Quando el profeta David quiso mostrar cuán limpio estaba su corazón del odio de sus enemigos, lo manifestaba echando sobre sí

una maldición como la mayor y más grave de sufrir: diciendo que si alguna vez dió mal por mal, no sólo quedase sin sacar provecho interior del mal que sus enemigos le habían hecho, sino que éstos le cogiesen debajo de sus manos, le persiguiesen, atropellasen debajo de los pies, le matasen y convirtiesen toda su honra en vituperio. Tenía el Profeta por mayor mal de la vida ver prevalecer al enemigo, que no tiene más razón que su malicia; ver pasar adelante su odio y sus mentiras, hacer á otro guerra por sus propias virtudes; abatirle por sus verdades, triunfar en sus mentiras; y cuanto los enemigos son más bajos en la persona, más perversos en la malicia; cuanto las virtudes, crédito y autoridad del perseguido es mayor, tanto más pesado llegará á ser este trabajo. Cotejando, pues, al Señor con sus perseguidores en todo esto, podrá en algún modo rastrear el corazón devoto, cuánto sentiría este tal Señor ver triunfar de sí á tales enemigos.

Son tan amirables y perfectas las doctrinas que el Señor dá á las almas en este género de trabajo, que con mucha razón podemos pedirle humildemente lo que David le rogaba; que use con nosotros de esta gran misericordia, y nos la dé por bendición de todos los bienes de esta vida, y que nos muestre la luz de su sacratísimo rostro, para que le conozcamos en la tierra, y entendamos sus caminos y ejemplos; porque son tan altos, tan secretos y tan divinos, que la naturaleza humana se pasma por su flaqueza, y sin divina luz y gracia muy particular, no puede llegar allá. Primeramente se ve aquí con claridad cuánto más seguro camino para el cielo es el descrédito de la persona con una buena conciencia, que el del aprecio y honras del mundo, aunque parezcan santas; porque Cristo nuestro Señor, que sabía cuánto importaba para la salvación del mundo ser conocido y adorado por quien era, tuvo por más propio camino para esto el abatirse y pasar por tantas afrentas, que el vivir entre aplausos de los hombres; sin embargo de que ninguno le podían dar que fuesen, no digo falsos, pero ni bastantes para lo que él merecía. Cuánto más seguro será este camino para los que le quisieren seguir, siendo ellos tales, que con razón pueden y deben pensar que delante de los ojos de Dios no merecen justa alabanza, ni honras en la tierra.

El crédito y opinión con los hombres, las alabanzas, aplausos y honras que dan á la persona y acciones, las más veces son falsas; porque ciegan el corazón del que anda tras de ellas, para que no vea sus propias imperfecciones; le hacen pensar de sí más de lo que es; dan entrada á la soberbia, que destruye todas las virtudes, y engendra el desecido de contentar á aquel Señor, que sabe y pesa en justa balanza lo que somos, y en la verdad merecemos. Pero quien desprecia la reputación entre los hombres, quien se recata de sus juicios y alabanzas, y pretende contentar sólo á Dios, mal puede el mundo conocer la paz y consolación con que este tal se presenta en medio de los abatimientos humanos ante los ojos de su Juez y su Dios; y cuánto más quieto y seguro de todos los peli-

gros vive, si por Cristo ama de verdad el abatimiento, que todos los ensalzados y aplaudidos en las bocas y ojos de los hombres. ¡Oh, si entendiesen esto los que profesan la perfección evangélica y apostólica! ¡Oh, si quisiesen traer siempre delante de sus ojos este divino retrato del Señor abatido, cuán ricos, quietos, consolados y alumbrados vivirían! Esto es alabado de muchos, imitado de pocos; pero la experiencia muestra que á los santos más perfectos y alumbrados, por este camino los conduce el Señor, y ellos buscan tantas invenciones para ser abatidos, cuanto los vanos para ser ensalzados.

Enseña también el Señor, cuán fina quiere que sea la fe, y cuán puro y desinteresado el amor de los que desea ser conocido y amado. Bien conocía su Majestad que en estos sus abatimientos arriesgaba la fe y amor de los que entonces le seguían; pero como era una fe tan flaca, que sólo pendía en las maravillas que veían, y el amor tan frío, que sólo le seguían por los beneficios; tuvo por mejor dar esta prueba á la fe y amor de los suyos, aunque era con riesgo de que le perdiesen, que ser poco conocido y tan friamente amado á fin que por esta flaqueza se humillasen después, cuando con la venida del Espíritu Santo, la fe y el amor se purificarían tanto, que los que se pasaban de ver á Cristo afrentado, tendrían por gloria parecerse á El abatido en el mundo. Muchos amadores tiene su Majestad mientras no son probados con disgustos del natural ó del espíritu; pero en llegando la hora del desamparo de los consuelos de Dios y de los hombres, son pocos los que perseveran en pureza de amor; pues aunque Dios da mucho, consuela mucho y llena mucho á las almas de toda suavidad interior con que las prende así, con todo eso, por nada de esto quiere ser amado sino por su bondad; y á este fin se retira muchas veces, para ver si el amor es interesado ó fino; porque si el alma no sigue al Redentor sino cuando percibe el olor de sus suaves ungientos, y si cuando los oculta duda de su amparo ó se tiene por desechada de El, y busca por las criaturas alivio y consolación, señal es que busca la dádiva más que al dador; y á un amor tan interesado le conviene ser probado muchas veces, para que se conozca, más que el ser favorecido para que no se pierda. Amar á Jesús en la cruz, en la afrenta, en el desamparo, y no hallarle menos hermoso en esto que en la suavidad de su conversación, es señal de amor puro.

Mal entienden este lenguaje los que tratan poco de la conversación interior de este Señor y de ocupar el alma en aquello para que sólo fué criada, que es para conocerle y amarle; y aunque Dios los sufre y no falta con su bondad para que puedan salvarse, viven con todo eso en gran pobreza de bienes interiores, y no saben lo mucho que pierden. Pero los que aplican y consagran todo su conato al amor actual y ejercicio de la imitación de este Señor, le hallan tan celoso del amor del alma, que no se les permite mezcla de otro fuera de El, por santo que parezca; ni se les admite el que tienen, si mira más á lo que puede dar que al Señor mismo. Las mer-

cedes del Señor son ciertísimas; lo que da á las almas que le aman con pureza, no lo puede la lengua declarar; á la fe le pertenece asegurarlas de la liberalidad del Señor; pero el amor le quiere tan desinteresado, que sólo El, y no lo que puede dar, le avive y le encienda. Cuando el amor es de esta calidad en toda adversidad interior y exterior, persevera constante y puro; porque no le contenta Dios menos cuando se muestra áspero, que cuando le experimenta suavísimo.

Consuela también el Señor en todos estos abatimientos á los justos en un género de trabajo que muchas veces les permite que prevalezcan contra ellos los malos, y esta es una grandísima prueba de la virtud. Los que aman con pureza al Señor, son regularmente muy celosos de su honra y de la salvación de los prójimos, la que procuran por todas las vías posibles; y como esto no puede ser sin oponerse á los intentos y proceder de los descuidados que viven licenciosamente, permite su Majestad que éstos se armen contra aquéllos y prevalezcan; lo que suele ser á costa de mucha deshonra y abatimiento de los siervos de Dios, haciéndoles guerra con su mismo celo, abatiéndolos y haciendo crímenes de sus virtudes, de suerte que donde pensaba celar la honra de Dios, todo se vuelve contra ellos, resultándoles mayor abatimiento. Lo que esto cuesta á los siervos de Dios, sólo El que los conoce, lo sabe; pero cuando ven los mares alborotados contra sí, deben hacerse cargo que en estos lances no quiere Dios de ellos el servicio que le deseaban hacer, sino otro diferente de que más se glorifica, que es el silencio, sufrimiento y humildad, aunque vean que son perseguidos como malos, siendo buenos, y que los malos turcen sus buenas intenciones y virtudes en deshonra, en culpa y en mayor confusión; porque padecer] como santo y por santo, tiene algún alivio y consolación; mas padecer por malo, y que la propia virtud por donde el siervo de Dios piensa contentarle, se convierta en azote y tormento, es cosa muy pesada de sufrir.

Pero en esto conviene ser tan fiel á Dios, que callando y reconociéndose, mude los cuidados á sí y se deje perseguir y tratar á voluntad de cada uno, velando sobre sí mismo para no pensar que es malo el que le persigue, ni que él padece como bueno; sino sólo poner los ojos en el Señor, y encomendarle con amor puro la salvación de sus perseguidores; pensar de sí que no merecía tanta honra, como ser celador de la de Dios y de la salvación de los prójimos, y que Dios toma á éstos por sus ministros para vengarse en él de los males que le descontentan. Y en tales lances deje á Dios su propia honra, sin tratar de ella, persuadiéndose que Dios quiere la pierda por entonces, y aun deje también en las manos de Dios su divina honra, que El la sacará en limpio, y sólo trate de imitarle en todo abatimiento; porque si el Señor quisiere servirse de él en otra cosa, abrirá camino y le dará espíritu para ello. Y porque estos tiempos son difíciles de entender, y tales géneros de persecución son muy trabajosos de sufrir, quiso el Señor dejar triunfar á

sus enemigos y que muchos de los suyos se mudasen contra El, y los más le tuviesen en menos cuenta, y callar El á todo (pudiéndose librar), y de esta manera vencer por el silencio y sufrimiento, á fin que en casos semejantes sus verdaderos imitadores dejen su causa sólo á Dios, cuya es, y cuiden únicamente de imitarle y asemejarse á El, comenzando la victoria del mundo por sí mismos. Y para que en este género de humildad sean perfectos, acuérdense de aquella divina regla de San Bernardo, que el perfecto desprecio de todo es despreciar al mundo, no despreciar á nadie y despreciar el ser despreciado. Esta tercera parte es la principal; porque á veces sucede que quien todo lo desprecia, cae en el extremo de estimar el ser despreciado, y queda secretamente estimándose, con todo lo que pierde. Por tanto, dice el Santo, que debe despreciar el desprecio.

EJERCICIO DEL DESCRÉDITO QUE EL SEÑOR TUVO CON SUS AMIGOS Y DEL TRIUNFO QUE DE ÉL TUVIERON SUS ENEMIGOS

¿Qué esto, buen Jesús, amigo verdadero de mi alma! ¿Á qué extremo de abatimiento llegáis? ¿Hasta con vuestros amigos queréis perder el crédito, y que vuestras virtudes y maravillas os sirvan de afrenta y cedan en triunfo de vuestros enemigos? Vos, verdadera gloria de los justos, no padecéis sino por las almas y por adquirir muchos amigos; cuanto en la vida hicisteis y enseñasteis, son obras del fuego de amor divino, para convertir las almas, para mudarlas en Vos y prenderlas con sogas de puro amor. ¿Pues cómo ponéis en riesgo la fe de esos mismos amigos? ¿Cómo podéis consentir que se corran de haberos oído, creído y acompañado? Los que os defendían se corren de ver á vuestros enemigos salirse con la suya y ver á vuestros Apóstoles hufidos; y los que os seguían, viéndoos tan públicamente afrentado, tan flaco, al parecer de los hombres, y tan rendido al brazo de vuestros enemigos, quedan dudosos en las verdades que les enseñasteis y más flacos en la fe de lo que de Vos creían. ¿Y, sin embargo, pasáis por todo y sufrís quedar desacreditado con ellos, y arriesgáis por amor mío la amistad santa y la fe que de Vos tenían?

¡Oh Dios mío, cuán puros y desinteresados queréis á los que os aman! No os contenta la fe que sólo mira á lo que ve; no os satisface el amor que os ama por lo que daís, sino por lo que sois. Y porque estos vuestros amigos no sabían amaros despreciado y con muestras de flaco, como os amaban aplaudido del mundo y recibiendo de Vos soberanas mercedes; más queréis poner en riesgo su fe y su amistad, para que después se humillen y amen más puramente, que ser de ellos por entonces amado con tan bajo amor, que no os sabían amar por lo que sois, ni conservar la entereza de la fe en cualquiera cosa que en Vos viesen. Determinasteis restituirles la pureza del amor y perfección de la fe con la venida de vuestro Espíritu divino, y con el riesgo en que pusisteis la flaqueza de su fe á imperfección del amor, quisisteis enseñarnos á nosotros la altísima doc-

trina del amor puro y sin interés con que queréis ser amado y de que más os preciáis. Como sois purísimo y perfectísimo, no os satisface cualquiera pureza del corazón, sino el total desprendimiento de todo. Solo, Dios del amor, queréis ser amado; solo poseído; solo sin mezcla de otro amor, abrazado y unido á las almas, no por lo que de Vos esperan, que es inmenso y ciertísimo, sino puramente por quien sois, bien soberano, fuente y dador de los bienes. Todo lo que Vos no sois, por grande, por santo, por excelente que sea, queréis se quede fuera, y poseer Vos el centro y todo el ser de esta alma que tanto amáis. ¡Oh qué rica será la que así os ame! ¡Cuándo, mi Señor y Dios, os amaré de esta suerte!

¡Oh, cuán lejos de ello estoy, cuán lleno de interés y amor propio! porque no sólo no os amo con ese tan puro y desinteresado amor, sino que quitándole de Vos, le derramo por las criaturas, holgándome de ser de ellas amado y conocido. No vivo si mis amigos tienen de mí algún disgusto ú opinión fuera de la que de ellos espero; inquietome si no me corresponden con lo que juzgo que de ellos merezco; quiero que alaben mis obras, y aun que adivinen y justifiquen todas mis intenciones. Aun con esto no digo lo menor de lo que pasa en esta alma acerca de lo cautivo que estoy de mi crédito, honra y amistad humana; y pluguiese á Vos que no pasase adelante, á vivir de mis malos deseos y dañados apetitos, que vuestra infinita misericordia me sufre y sólo vuestra bondad puede arrancar. Si alguna vez busco vuestras cosas, voy á ellas llevado de mi interés más que de vuestro amor; y si tengo algún amigo virtuoso, me llevo más á él por afición humana que por el bien espiritual. ¡Oh, cuándo curaréis esto, Dios mío, en mi pobre alma! ¡Oh, cuán raro es esta puro y desinteresado amor, que sólo á Vos esté asido sobre toda obra, sobre todo amigo santo, sobre toda cosa terrena y celestial, y que de tan buena gana se desprenda por Vos de todo, como Vos lo dejáis todo por mí! ¡Oh, Señor, cuán dificultoso es hallar un espíritu tan puro, limpio y desprendido!

¿Qué mucho que yo haga esto por Vos, pues Vos lo hicisteis por mí? Si yo, buen Jesús, fuera vuestro Dios, ¿qué más pudierais hacer por amarme, que posponer por mí amor toda honra, amigos, crédito y buena opinión y perderlo todo por mí, como lo hicisteis? Y todo esto por mí, pecador: por mostrarme el puro amor que me tenéis y cuán puramente os debo amar; y yo gusano de la tierra tengo por mucho desprenderme de cosas tan bajas (como son cuantas de Vos me apartan), para levantar este bajo corazón á vuestro puro amor. ¡Oh, quién nunca impidiera el lugar de vuestro amor en esta alma! ¿Qué halláis en mí que tan solo y desprendido me queréis? Solo me queréis, amor divino; solo y desinteresado el amor de este corazón. Y si yo así os amare, ¿qué no hallaré en Vos? ¡Oh amor, oh amor, oh amor, quién se viera solo con Vos y de aquí no pasara, ni tuviera otra cosa por suya! ¡Cuán rico, cuán satisfecho y cuán convertido en Vos se viera!

¿Cuándo acabaré, Dios mío, el peso de esta carne, que siempre

tira por mí y me aparta de Vos? Vos me levantáis, y ella me abate; Vos me abrasáis, y ella me enfría; Vos me purificáis, y ella me mancha; Vos me llenáis de Vos, riquísimo, hermosísimo, purísimo, amor eterno y divino convertidor de las almas, y ella me lleva á mezcla de cosas bajísimas que me apartan de Vos. ¡Oh, si ya se acabasen las heces de este hombre viejo y terreno para tener á Vos sólo por mi único, verdadero, purísimo y perfectísimo bien! Desde ahora para siempre renuncio, mi Jesús, por amor vuestro toda criatura, parientes, amigos, placeres, libertad, crédito, opinión y todo cuanto puede ocupar este corazón; y lo que para perfección de esta voluntad me falta, suplido Vos, misericordioso Señor. Limpiad, pureza divina, esta alma, que para morada vuestra criasteis; purificad su amor, desterrad el interés, para que á Vos sólo desee y á solo Vos ame por Vos. Si queréis, Dios mío, que para ser Vos el único y puro amor de mi alma, sea yo en la vida desfavorecido, desamado y desacreditado de los amigos, por buenos y santos que sean, y de toda criatura, yo, mi único y verdadero bien, esposo de mi alma, así lo deseo. Fálteme todo, no me faltéis Vos; déjenme todos, no me dejéis Vos; quíerame bien quien quisiere, pero viva yo y muera unido sólo á Vos. ¡Oh, si llegase esta hora! ¡Oh, si viese esta pureza en mí! Venid, buen Jesús, venid á esta alma y haced en ella lo que con tanto trabajo me enseñasteis, pues sabéis que no vivo sino cuando vivo en Vos, y cuando estuviere tan puro que podáis Vos vivir en mí; entonces, amor y gloria mía, déjeme todo, que con Vos solo me contento. ¡Oh, si no tardase esta hora!

Confesaré contra mí, Dios mío, mi gran miseria á vuestra divina misericordia, para que me curéis y me concedáis lo que de mí queréis. Vos, Señor, me dijisteis, que cuando cumplieré cuanto me tenéis mandado, me reconozca siervo inútil; porque todo el bien que hiciera es vuestro y para nada me necesitáis; ahora, espejo de eternas verdades, me enseñáis en Vos mismo que esto sea tan de corazón y que esté tan desprendido de mis buenas obras y me tenga en ellas por tan pobre, que si los prójimos me atribuyen á mal el bien que hago, y con mi propia virtud me hicieren guerra, no como á santo (que fuera muy gustoso) sino como á malo, hipócrita, fingido y engañador, que calle, sufra y me deje tratar de toda criatura como cada una quisiera, para imitar, amar y poseer á solo Vos. Cuando esto veo, lo deseo; cuando me inspiráis, me determino; cuando en Vos me lo enseñáis, quisiera en todo parecerme á Vos; pero cuando llega la hora, ¡oh, qué diferente me hallo! Confieso mi miseria, que no puede mi carne con esta cruz. Aquí caigo, aquí me atollo, aquí perece la fe y la paciencia; aquí necesito más que para otra cosa vuestro favor y asistencia.

Vos, mi buen Jesús, no podéis decir que sois siervo inútil, porque sólo Vos disteis á todos el provecho de la vida eterna. Vuestra doctrina es encendida; penetra las almas y cautiva los corazones; vuestras obras son divinas; vuestra vida sin reprensión; en todo estáis lleno de riquezas para las almas, y todo eso es vuestro, pues

lo hacéis con virtud propia y no ajena. Y con todo eso quisisteis que os afrentasen con vuestras maravillas y palabras, como si fueran malas y engañadoras; que triunfasen de Vos vuestros enemigos, quedando ellos justificados, Vos condenado; ellos los aplaudidos, Vos el deshonrado; ellos tenidos por entendidos, Vos por embaucador y malicioso. ¡Oh mi soberana verdad, oh mi verdadera vida, cuán difícil se hace esto á mi carne! Y con todo eso así gustáis que los vuestros os quieran, que así os conozcan, os deseen y sigan; y por tan hermoso queréis que os tengan, así abatido, como en gloria resucitado. Queréis ser amado de cualquiera manera que al alma os mostréis y que de cualquier modo os ame, os desee y á sólo Vos se sujete, ya sea glorioso, ya deshonrado, ya con cruces, ya con favores.

Confieso, Señor, que esto me conviene; mas también confieso que no llega aquí mi miseria, y se espanta cuando ve delante de sí esta ocasión. Confortadme y levantad de la tierra este corazón terreno, para que sin estorbo podáis hacer en él lo que queráis; acordaos, Señor, que la memoria de estas cosas os hizo sudar sangre en el Huerto, cuando dejasteis á vuestra sacratísima Humanidad sentir como humana lo que había de pasar; y yo, que además de ser humano, soy pecador y terreno en los deseos, ¿qué haré en mis miserias? A Vos clamo y clamaré; á Vos reconoceré por mi Dios, y que sólo Vos podáis hacer en mí lo que yo no puedo hacer. Ya que me mandáis que después de haber cumplido con todo me publique siervo sin provecho, porque Vos sois el que hacéis todos los bienes en nosotros para que así los conservemos, yo, de antemano, confieso que soy muy desaprovechado y miserable, más flaco que toda criatura; pero á esos divinos brazos me arrojó; á esos pies divinos me pongo; os pido por vuestra bondad, que obréis en mí vuestras maravillas. No pido que no vengán sobre mí estas aliecciones, sino que me déis un tan gran amor de padecerlas por Vos, que no tenga en la vida otra mayor consolación que estar siempre afligido con dolores de la manera que Vos quisierais, sin que levantéis la mano, que en esto viva y acabe contento por vuestro amor, y por parecerme á Vos.

Abatido y afrentado por malo os quiero; y de ese modo quiero ser tratado en esta vida. Triunfen de mí mis contrarios, haciendo yo en todo lo que debo, y jamás piense mi corazón que obro, ó soy mejor que ellos. Nunca piense de mí que soy perseguido como justo, sino que padezco mucho menos de lo que merezco; y concedédmeme que ame á mis contrarios como verdaderos amigos y como instrumentos de vuestra providencia y voluntad. Mostrad, Señor, aquí vuestras maravillas en hacer á este vuestro indigno siervo tan humilde y rendido por vuestro amor, como Vos queréis. Haced que en mi corazón no se haga diferencia de ser perseguido del malo ó del bueno, con razón ó sin razón; sino que mi razón sea quererlo Vos así, y mi justificación sea el imitaros y parecerme á Vos. Abrid, Señor, vuestros tesoros y haced en esta masa miserable vuestras

divinas obras. Arrancad de mí todo lo que este corazón puede sentir, y unidme sólo á Vos. A sólo Vos, mi Dios, mi Jesús, mi amor, y nunca tenga yo más.

¡Madre de Dios sacratísima, valedora de los flacos, remediadora de los errados! Valedme y alcanzadme este tesoro del Señor. Vos sabéis, Reina de los ángeles, que para ninguna otra cosa fué mi alma criada, sino para estar perfectamente unida por amor puro á este Señor, y sabéis cuán mal empleada está fuera de él. Alcanzadme su gracia y luz para buscarle á El solamente, sólo á El desear y poseer, sólo á El amar de todo mi corazón y no hacer caso de cuanto esto no fuere, ó á esto no me llevare, y no temer sino lo que de esto me aparte. ¡Oh santos de la gloria y espíritus bienaventurados! Ayudad á este pobre desterrado, más flaco por mis culpas que por la flaqueza de mi naturaleza miserable. Levantadme el corazón á aquél que tan llenos y ricos os tiene de sí, para que satislecho con El, ninguna otra cosa apetezca, ninguna me perturbe ni me aparte de El para siempre. Amén.

TRABAJO XXXVII

Ser trocado por Barrabás y contado entre facinerosos.

Do pudo el descrédito y abatimiento del Señor llegar á mayor extremo que aquel en que se vió, no en muchos días, sino en uno, y no en muchas horas, sino en menos de seis; en que, además de lo expuesto, hicieron más aprecio de un ladrón, alborotador del pueblo y homicida, que de su divina Majestad; llegando á tener por pena y compañía más correspondiente para El la de los ladrones y gente más perjudicial á la república, entre los cuales fué contado y con ellos ajusticiado. Así lo solicitó la malicia de los enemigos del Señor por todos los medios imaginables, y como no podía por justicia, se empeñó en ello por porfía, gritos y conmoción del pueblo. Cuando llevaron al Señor á casa de Pilatos la mañana del viernes y no quisieron entrar dentro por ser día santo de Pascua (como ya se ha dicho), salió á ellos Pilatos, preguntándoles las culpas que alegaban contra el Señor, pues le llevaban tan atado y afrentado; entonces los príncipes, sacerdotes, letrados y fariseos, queriendo acreditar sus personas y ver si por la precisa autoridad de ser los principales del pueblo podían concluir su pretensión sin más forma de autos, respondieron: *Si Este no fuera malhechor, reo de muerte, no te lo entregáramos de esta manera.*

Disgustado Pilatos con la respuesta, como tan perjudicial al orden de justicia, les dijo que ellos le tomasen por su cuenta y le juzgasen según su ley. Pero como pretendían darle muerte de cruz, y no tenían para ello autoridad, por habérsela quitado los romanos, á quien estaban sujetos (aunque por casos contra su ley podían dar otro género de muerte), y por cuanto deseaban quitar la vida al Señor, no sólo por lo que contra su ley le imputaban, sino por otros

crímenes más afrentosos con que pretendían desacreditarle, dijeron á Pilatos que ellos no podían castigar á ninguno con el género de muerte que el Señor merecía. Entonces le empezaron á acusar por revoltoso y alborotador del pueblo. Su principal empeño á acusar le darie por reo sin llegar á culpas particulares, porque eran tan manifiestamente falsas, que justamente tenían fuese conocida su malicia, y que no podrían forcer á Pilatos para lo que ellos deseaban. Por tanto, andaban por cláusulas generales, diciendo que era inquisito y perturbador, con otras cosas á este modo en general. Pero al cabo le acusaron de que se hacía rey, y que prohibía pagar al César los tributos.

Pilatos lo remitió á Herodes, á cuya jurisdicción pertenecía Galilea (como ya se ha dicho), y vuelto otra vez á casa de Pilatos, trataron de acusar al Señor por crímenes particulares que, según leyes de los romanos, eran dignos de muerte: y volvieron á repetir que prohibía pagar los tributos al emperador con pretexto de libertad de la patria, y que esto era hacerse rey contra la ley imperial. Pilatos, no pudiendo ya disimular con la calidad de estos delitos (aunque veía bien cuán falto de poder se hallaba el Señor para levantarse rey), le comenzó á hacer preguntas delante de los judíos; y no hallando nada probado, y viendo que el Señor se callaba á todo, se metió dentro, llamando á Cristo á solas para informarse de El, averiguando la patria y en qué cuenta se tenía, por si hallaba algún rastro de lo que los judíos decían contra El. Preguntóle si era rey de los judíos; y el Señor respondió, que *su reino no era de este mundo, que si lo fuera, sus vasallos le defenderían para que no diese en manos de los judíos; pero que su reino no era de acá abajo.* Respuesta digna de mucha consideración. Si el Señor fuera rey de la tierra los vasallos lo defenderían de los judíos, y por ser rey de los cielos no le defienden en la tierra sus siervos celestiales; como si hubiese más descuido y menos lealtad en los vasallos del cielo que en los de la tierra. Pero todo es al revés: los vasallos de la tierra defienden, con justicia ó sin ella, al que juzgan por grande, engañúense ó no se engañen; pero los del cielo, que enseñados por su Rey soberano, saben la poca ó ninguna importancia de las cosas de la tierra en comparación con las del cielo, y cuánto más se gana en perderlas que en conservarlas, no defienden á su rey injuriado en la tierra, que con los merecimientos del sufrimiento ha de poblar el cielo; ni libran á otros amigos y vasallos que en la tierra viven, de sus trabajos y ejercicios de los enemigos, porque con eso aseguran las riquezas del cielo; y como el conocimiento de las cosas es muy diferente en el cielo que en la tierra, se gobierna allá por más ciertas y seguras leyes.

Pilatos dijo al Señor: Según esa respuesta, tú eres Rey; El Señor respondió: *Así es como dices; yo no nacl para otra cosa ni vine al mundo sino para enseñar y aprobar la verdad; el que puramente trata de ella oye y sigue mis palabras.* Mucho tienen que pensar en éstas del Señor los que profesan salvarse por su doc-

trina; porque vistas bien las verdades que el Señor enseñó, y la prueba que de ellas nos dió con su santísima vida y perfectísimos ejemplos de su Pasión, y cotejado todo con la vida é intentos de cada uno, puede verse bien claro si es de los que de veras tratan la verdad, ó si es de los que se dejan engañar con las cosas que el Señor reprueba. Y como en esto no se atraviesa menos que la salvación ó perdición del alma, tiene mucha obligación todo cristiano á no pasar por sus cosas con liviandad, sino vivir con gran cuidado para no llegar á ser de los que este Señor reprueba. Pero me parece que por nuestros pecados tiene Pilatos muchos compañeros por los des-cuidos con que oyen muchas verdades del Señor, y tratan poco de entenderlas y amarlas de corazón como hizo Pilatos, que oyendo al Señor, le preguntó ¿qué cosa era la verdad? Pregunta, cierto, que si fuera hecha con más asiento y deseo de ser alumbrado de la luz divina y de la misma verdad que tenía presente, daba á este mismo Señor gran materia para hacerle muchas y muy señaladas mercedes. Pero hecha esta pregunta y viendo que el Señor hablaba del reino de los cielos, que él no conocía ni pertenecía al imperio del César, lo tuvo todo por especie de santidad judaica y que los judíos por envidia no sufrían que el Señor ganase entre el pueblo más crédito de santidad que ellos; y echándolo todo á pura vanidad (como Herodes) determinó librar al Señor, y sin esperar respuesta de tan singular pregunta como le había hecho, salió otra vez fuera con Cristo y les dijo á los judíos: «Ya visteis las preguntas que delante de vosotros hice á este hombre; acá dentro le he examinado más minuciosamente y no hallo culpa en él. Herodes tampoco la encontró y me le volvió á remitir sin sentenciarle. Yo le daré algún castigo para que se enmiende y no alborote al pueblo, y le soltaré.» Con esta resolución de Pilatos quedaron los príncipes de los judíos como muertos, creyendo que el Señor aunque en público callaba, habría dado allá dentro tales razones á Pilatos, que le habría convencido, mostrándole la verdad de todo y la falsedad de los acusadores. Y viendo que todo lo hecho no servía de nada y que se hallaban en riesgo de que fuesen inútiles sus ardidés, volvieron á insistir con porfía de gritos y alborotos del pueblo, que muchas veces, ó las más, se sale con cuanto quiere, aunque no haya justicia.

Deseó Pilatos librar al Señor juzgándole inocente, y no pudiendo valerse en el motín que los príncipes de los judíos movían en el pueblo, quiso lograr su empeño por industria. Era costumbre que los presidentes librasen en la Pascua un reo de los judíos á quien ellos pidiesen, en memoria y significación de que en tal día libró Dios á su pueblo del cautiverio de Egipto. Estaba preso á la sazón en Jerusalén un famoso alborotador que se llamaba Barrabás, reo de muchos crímenes, conocido por ladrón, y que poco antes movió un tumulto en el pueblo y mató á un hombre. El escándalo y aborrecimiento de este hombre en el pueblo se hallaba tan fresco, que no pudo Pilatos persuadirse á que hubiese ninguno que pretendiese dar vida á tan malvado hombre, que era peste de la república. Por

ser el más facineroso preso que tenía, le emparejó con Cristo, cuya doctrina, cuya fama y milagros estaban en todas aquellas casas y calles tan calientes, que tuvo por cierto el que la enorme diferencia de las maldades escandalosas del uno, y virtudes evidentes del otro, bastarían para que todos pidiesen la vida del Señor. Y aunque Pilatos no conocía al Señor, veía en El un sufrimiento tan notable, una tan dulce mansedumbre, una modestia tan inalterable, un asiento y gravedad de ojos y de rostro, con una madurez tan rara, entre tan enormes afrentas y trabajos, capaces de alterar y derribar la prudencia y ánimo más fuerte, que no pudo persuadirse á que hubiese corazón tan inhumano que escogiese trocar la vida de aquella tan venerable persona por la de tan escandaloso ladrón y homicida. Dijo, pues, al pueblo: «En este día acostumbráis pedir la libertad de uno de los presos: aquí tenéis á Barrabás y á Jesús, á quien llamáis Cristo: ¿A cuál de ellos escogéis y queréis que yo suelte?»

No le salió á Pilatos este ardid como él imaginaba: porque los príncipes y sacerdotes de los judíos, que no trataban del bien de la república, sino de saciar su odio, tuvieron por concluido el negocio en esta propuesta, porque Pilatos quedaba ya empeñado en justiciar á uno de los dos, soltando al otro; por tanto, persuadieron al pueblo que pidiese la vida de Barrabás y la muerte de Cristo; y como el pueblo amotinado no considera, ni pesa las razones de las cosas, sino como bruto desbocado se arroja á lo que primero se le ofrece; viendo el parecer de sus príncipes y sacerdotes, le siguieron sin más consideración, comenzando aquellos á gritar que les soltase á Barrabás, y siguiéndoles todo el pueblo. Pasmado Pilatos de tan enorme desatino, les dijo: Pues si he de soltar á ese facineroso ¿qué haré de Cristo? Todos respondieron: *Crucifícale, crucifícale*. No contentos los judíos con aquel trueque, solicitaron que el Señor fuese crucificado entre dos ladrones, y que entre ellos fuese llevado á la Cruz, para mayor afrenta, cumpliéndose con ello lo que estaba profetizado, de que *será contado entre los malvados*. Veis aquí quien es el pueblo á quien la mayor parte de los grandes del mundo desea parecer bien. Veis aquí tras de cuyas alabanzas andan perdidos tantos. Veis aquí el pago que dió al Señor por las muchas mercedes que le había hecho. Ciertamente que la novedad y extremos de trabajos en que el Señor se vió, hacen pasmar y enmudecer al corazón humano, ni dejan palabras para el encarecimiento. Sólo queda puerta abierta para que el corazón devoto sienta, se pame y desahaga de compasión.

Bien mostró el Señor en sí mismo la verdad que había dicho á sus Apóstoles, cuando les animaba á pasar los trabajos que en el mundo les estaban aparejados, aconsejándoles que no les pesase de parecerse á El, diciendo: *Si tiereis que el mundo os aborrece, sabed que primero me quiso mal á mí. Si fuerais del mundo, éste quisiera bien á lo que es suyo; mas porque no sois del mundo, por eso os aborrece*: porque el mundo ama lo que es suyo, defiende á

los ladrones, da vida al homicida, suelta al revoltoso, favorece al malo; mata al dador de la vida, condena al pacificador de las perturbaciones, y al inocente le trueca por el culpado. Este es el mundo, servido, buscado, venerado, y por quien ordinariamente se pierden los hombres; el cual, mientras más viejo va siendo, hace más callos en esta su mala condición de perseguir al bueno con las virtudes y justificar las vanidades, consagrar los vicios por verdaderos gustos; y puede tanto con la gente, que, aunque tarde ó temprano pega con desventuras, con todo eso es creído, y hechiza con tal engaño que poniendo los males delante de los ojos, de suerte que no puedan encubrirse, arrastra tras de sí la más de la gente, como si fuese tras de verdaderos bienes. Pero el que le siga, acuérdese de esta palabra del Señor: que *el mundo ama y favorece á lo suyo*, y porque no lo son cuantos siguen á Cristo, los aborrece; según lo cual cederá á bien ó mal de cada uno el partido á que se inclinare; ó del mundo para perderse, ó de Cristo para ganarse, aunque sea aborrecido del mundo. Poderosísima consideración es para que aborrezcan el mundo los que con verdadero corazón imitan al Señor y de veras le aman, ver cómo trató al Redentor, cuán mal trueque hizo de El, y ver que, si el mundo ama á los malos, es para acabarlos de engañar y destruir; pero estos imitadores del abatido sirven á un Señor que ama á los buenos para coronarlos, y á los malos para justificarlos y salvarlos.

Considerando esto por otro lado, el que entienda bien la condición de este Señor, y conozca el amor que ardió siempre en su corazón, y cuánto trabajó por buscar los pecadores y asemejarse á ellos, parece que le hace injuria en contarle por trabajo el verse trocado por un homicida y contado entre los malhechores; antes parece haber sido aquella hora para la fineza y grandeza de su amor la mejor y de más gusto, pues vió dar vida á los malos, por quienes El moría, y ser colocado entre los pecadores, á quienes vino á buscar tan á su costa; y así, aunque es gravísimo género de trabajo pasar por tan grave ingratitud de un pueblo tan lleno de mercedes del Señor, y que le tuviesen por más indigno de la vida que á un homicida alborotador de la república, todavía se puede pensar del corazón de este Señor que mucho mayor trabajo fuera para El, cuando estaba ofrecido á morir por todos, el que por darle á El vida se la quitasen á otro, aunque fuese el más malo. Y sin embargo que de parte de los que trocaron al Señor por Barrabás todo fué ceguedad, error y pecado, en la providencia del Señor fué orden del eterno consejo, para que todo pecador tenga en este trueque segura prenda de que todos las veces que fuese necesario puede ofrecer por sí la vida y sangre de este Señor.

Debe, pues, creer todo corazón cristiano, que cuando el Señor oyó pedir la vida de Barrabás y la muerte de su Majestad, consintió en su interior en esta conmutación con abrasado amor; y El mismo, con efecísima oración al Padre Eterno, se trocó y ofreció por el mismo Barrabás y por todos los pecadores, alcanzando del

Padre que esta permuta y contrato quedase firme y confirmado para todos los pecadores que se quisiesen salvar. Según lo cual, ya que el Señor tan de voluntad acepta la compañía de los malos, para ser trocado por ellos y acabar entre ellos la vida, ninguno, por muy malo que sea, puede desesperar de que le falte entrada en la compañía de éste tan verdadero amigo de pecadores, porque quien en vida fué siempre tan franco para ellos, que nunca les cerró la entrada; que con ellos se acompañó; que en la muerte quiso acabar entre ellos, y, en primicias de la paga, llevar un ladrón desde la cruz al cielo, ¿cómo estando en la Gloria tan prendado, negará junto á sí lugar al pecador que de veras solicite su amparo?

De la parte de Dios no hay duda en ello, pero de la nuestra hay mucho que temer; porque El se dió por nosotros, y con eso quedamos remediados; pero nosotros le volvemos á trocar por cosas que nos llevan á la perdición. Y bien mirado con juicio libre de los engaños de amor propio, hemos caído nosotros en este perverso pecado de las judíos todas las veces que por el pecado mortal echamos á Dios del alma; y no sé si nuestro trueque es peor, porque Barrabás era criatura de este Señor, por la cual El moriría, y fué trocado por quien El mismo se daba para salvarle; pero nosotros le trocamos por cosas tan bajas y pecados tan feos, que por aborrecerlos tanto, muere por desterrarlos, y le trocamos por las vanidades del mundo que tan á su costa condena; y esto merece que el alma se avergüence y no se atreva á levantar los ojos á este Señor; porque pecar mortalmente, no es menos que arrojar á Dios de la casa que El hizo y compró á su costa, y poner en su lugar el pecado que es el que hace feo, hediondo, é insufrible al infierno. Y no sólo tolera el cristiano este mal en su alma, sino que come, duerme, y tiene gusto en la vida y en estos mismos pecados con que hizo tan desventurado trueque.

Ni sirve de disculpa, ni hace más leve el pecado, decir que los judíos trocaron á Cristo por Barrabás en virtud de aborrecimiento y envidia; antes bien, esto á mi ver, agrava nuestro pecado; porque nosotros sin aborrecerle, adorándole como quien es y esperando de El la salvación y todos los bienes, con todo eso tenemos tanto gusto en el pecado y amor en sus ofensas, que no hacemos caso de perderle y trocarle por los gustos de esta vida. Tales somos; y no nos vale otra cosa, sino que este Señor no os ahora menos sufrido y menos amigo nuestro, que en el día que su amor le hizo morir por nosotros.

EJERCICIO DE SER EL SEÑOR TROCADO POR BARRABÁS Y CONTADO ENTRE LOS MALHECHORES

Os adoro, mi buen Jesús, hijo de Dios vivo, y os doy infinitas gracias por el extremo amor que ahora me mostráis; pues no satisfecho con tomar carne de los pecadores, conservarles la vida, recibirlos con misericordia y satisfacer por nuestras culpas, para

mostrarnos el infinito y abrasado amor que nos tenéis, ya que no podéis hacer pecados para ser pecador, quisisteis ser tenido en cuenta de los más perversos del mundo y de los que son peste de la república, como los ladrones y homicidas, y aun ser reputado por peor y más indigno de la vida que ellos; y como si fuerais Capitán de todos los facinerosos, escogisteis ser crucificado entre ellos. ¿Qué os daré, amor infinito, por extremo tan excesivo de amor? ¿Con qué podré satisfacer, Salvador mío, esta amistad tan ardiente que me tenéis, este fuego de divina caridad con que me amáis? Os doy, Señor y Dios mío, este corazón pecador. Ya que tanto deseasteis pareceros á mí y ser tenido por lo que yo soy, no desconoceréis la miseria y malicia de esta triste alma. Recibidla, Señor, en vuestra compañía; disponed de mí como más agradare á vuestra voluntad; pues todo cuanto ordenareis que pase y padezca por Vos, no puede llegar á la más mínima parte de estas deshonras que pasasteis por mí.

Perdonad, buen Jesús, todo el tiempo que he gastado en servir y contentar á un tan mal mundo, que tan mal os conoce y tanto desagrada las mercedes que le habéis hecho. ¿Barrabás, ladrón revoltoso y homicida, merece, Dios mío y vida de mi alma, más vida que Vos, salud de las almas, descanso de los perseguidos y tesoro de todos los bienes para los que os aman? ¿Más quiere el mundo que le viva Barrabás, que Vos, mi dulcísimo Jesús? ¡Oh, quién nunca viera al mundo! ¡Oh, quién siempre le aborreciera! ¡Oh, quién nunca os perdiera por él! ¿Qué ha de hacer tal mundo, sino sostener á los suyos y mataros á Vos? ¿No halló el mundo, Dios mío, otra compañía más propia para crucificaros, sino entre ladrones? ¿Tan presto olvidó vuestros milagros, vuestros divinos ejemplos, obras santísimas y virtudes heroicas? ¿Tan presto olvidó la blandura con que recibíais á todos, la sabiduría con que los enseñabais; el poder divino con que los curabais, la paciencia con que los sufríais y el amor con que á todos tratabais? Ninguno se refugió á Vos, que no le valieseis, á ninguno escandalizasteis; nada quisisteis del mundo, como pobre no buscasteis sus honras, como humilde á ninguno importunabais; á todos hicisteis bien, los ayudabais, defendíais y amparabais; y cuando á estos mismos dan elección para que puedan libraros de la muerte que os procuran vuestros enemigos, libran al ladrón, y á Vos os crucifican; piden la vida para el homicida, y para Vos (vida verdadera de las almas) la muerte; y os tienen por tan pernicioso para la república, que piensan asegurar y salvar sus almas tomando vuestra sangre sobre sí y sobre sus hijos, para quitaros á Vos del mundo, de la conversación de la gente y de la vida. ¡Bendito, alabado y glorificado seáis, mi buen Jesús!

¡Oh miserable de mí, Dios y misericordia mía! Con este mundo que así os trata, tengo yo hecha alianza; á este sirvo, en él tengo puesta mi atención; á él deseo contentar, siento perderle; amo recobrarle, por él y con él me pierdo. Dadme, Señor, desde hoy su perfecto aborrecimiento, y que sólo á Vos ame, sólo á Vos busque,

sólo á Vos desee y estime. ¿Cuándo, Dios mío, me veré con Vos, perseguido de tan mal mundo, abatido, deshonrado y contento con eso, como os veo á Vos, suavisimo amor de mi alma? ¿Qué bien me puede dar á mí, ni qué puedo esperar del que á Vos, sumo bien, así os desconoce y trata? ¡Oh, que vida tan perdida la que en él tengo gastada! ¡Qué malogrados pensamientos, deseos y cuidados los que he empleado en él! ¡Cura! Señor, por vuestra bondad esta miseria mía; dadme perfecto aborrecimiento de cuanto hay en el mundo, para que á sólo Vos ame perfectamente. Téngame el mundo de aquí adelante en mala reputación, para parecerme á Vos; aborrecíame, para que Vos me améis; écheme de sí, para que Vos me recibáis, y tráteme de tal suerte, que ya que vuestro amor no me lleva á Vos, á lo menos la persecución del mundo me precise á buscaros.

Buen Jesús, vida y esperanza de mi alma; ya que el mundo os arroja de sí, venid á mí, yo os abrazaré, moriré por Vos y os reconoceré por mi Señor y mi Dios. Diga el mundo lo que quisiere; tráteme como no merecéis, yo os adoro, vida verdadera, adóros verdad soberana, adóros tesoro de bienes eternos; adóros verdadero compañero y amador de las almas; entre ladrones os reconozco por mi Dios; y, trocado por el homicida, os confieso por dador de la vida eterna. Adoro ese amor, que á semejantes extremos os conujo; en él deseo abrasarme, consumirme, transformarme y llegar hasta el fin.

¡Oh mi Dios, ó infinita misericordia, cuánto tenéis que curar en mis maldades y desventuras! Cuando pongo los ojos en Vos y en mí, por lo que por mí pasasteis, y lo que tengo cometido contra Vos, deseo confundirme y meterme en los abismos; si pudiese, porque esto y mucho más merezco. Yo soy, Señor, más culpado en el pecado de esa gente; porque ellos os trocaron por Barrabás, criatura vuestra, á quien deseabais salvar, y por quien padecíais; moviéronse demás de esto por el aborrecimiento y envidia que os tenían; mas yo, Dios mío, os troqué muchas veces, no por pasión, sino por gusto; no por aborrecimiento, sino mala afición, conmutándoos por mis torpes apetitos; dejéos por la vanidad de mi corazón, por amor de los males que prohibís y por abominables y vergonzosos pecados Vos, riqueza de mi alma, ofrecéis á este pobre corazón por inspiraciones interiores vuestra divina hermosura, y yo quise más el gusto de las criaturas. ¡Oh mi Dios, por cuán bajas y feas cosas os desprecié! ¡Cuántas veces fui en mi homicida de vuestro espíritu por lo que el demonio quería de mí! Deseando Vos vivir y reinar en mi corazón, quise yo más que viviesen en él cuantos pecados cometí, que no Vos, sumo y verdadero bien. ¿Cómo no se derriren en lágrimas mis ojos? ¿Cómo me atrevo á estar delante de Vos, mi buen Jesús? ¿Cómo puedo levantar los ojos á Vos, siendo tan malo y habiendo hecho tan perverso y desventurado trueque de vuestra Majestad? Perdonad, Señor de toda misericordia, perdonad mis grandes desventuras.

¡Oh, quién nunca os hubiera perdido ni arrojado del alma! Vos

sois mi vida, y os arrojé por verdaderas muertes; Vos sois mi sabiduría, y yo os desprecié por ceguedades; Vos mi clara luz, y yo os de-eché por obscuras tinieblas. A Vos resistí, y favorecí mi carne; á Vos desprecié, y acepté en vuestro lugar males y pecados; á Vos, mi Dios, eché de mí y metí en vuestro lugar al diablo y á sus obras. ¡Oh Señor de toda piedad! La misericordia que os hizo padecer tanto por mí, os haga apiadar de mi miseria. Aquí me arrojé á vuestros pies, aquí me despidió de todo lo que contra Vos amé, aquí renunció cuanto hasta ahora estimé contra vuestra ley; haced Vos, Dios mío, que esto se perfeccione; entrad, buen Jesús, en esta alma que es vuestra; tomad, gloria mía, vuestro lugar, vivid y reinad en ella, mi soberano Rey. Aborrézcame, Dios mío, cuanto hasta hoy amé, sed Vos solo mi amado y acábensse en esta hora mis pecados por vuestra misericordia. Hicisteisme, Señor, para Vos; sin Vos ando perdido, ni sé para qué es vivir si otra vez os he de echar de mí. Recogedme, Señor, curadme, sanadme, arrojad vuestros enemigos de esta vuestra alma; pues para vuestra gloria la criasteis. Poseedla toda, haced en ella y de ella cuanto quisieréis, ahora y siempre; satisfaceros de mí á vuestra voluntad; castigad, atribulad, azotad, con tal que así me poseáis y sólo Vos hagáis mansión en este corazón, pues no sólo lo criasteis, sino que con vuestra preciosa sangre le redimisteis para Vos y le comprasteis. Tal soy yo, Dios mío; pero cuando pongo los ojos en Vos, en el grande amor que me tenéis y mostráis, deseo abrasarme y derretirme todo en fuego de vuestro puro amor.

¿Qué sentí, Dios mío, vuestro inflamado corazón, cuando visteis dar vida al homicida y muerte á Vos? ¿Qué sentía vuestro divino amor cuando os visteis contado entre los ladrones? Ahora debéis estar contento y esta debe ser vuestra hora. Mientras predicasteis á los judíos, comiais y os acompañabais con pecadores y los fariseos os llamaban (con verdad) amigo de publicanos y pecadores: y porque siempre los defendiais diciendo que á ellos vinisteis á buscar, ahora os disponen muerte entre ellos, como uno de tantos, y como entre gente de vuestra parcialidad. Ahora, verdadero remedador de los pecadores, que os halláis entre ellos, que á ellos les dan la vida y á Vos muerte por ellos, y que teniéndolos junto á Vos en la cruz les podéis dar el Paraíso, ¿cuán contento estaréis, cuán satisfecho, trocado ya por los que buscáis, y acompañado de ellos? Este sois Vos, Dios mío, este vuestro amor, este vuestro gusto: que vivan todos y que muráis Vos; que á Vos os condenen para que todos queden libres. ¿Qué puede ese amor negar á quien tanto amáis? Pues, amor de mi alma, si esta es vuestra hora, también es la mía. Por ese amor os pido vida, vuestro amor, vuestra compañía, vuestra conversación interior. Todo os quiero á Vos, todo á Vos solo y con Vos me contento; dadme lo que vuestro amor os pide para mí. Antes que yo naciese, antes que os conociese y antes que os supiese rogar, vuestro amor hizo con Vos que me dieseis vuestra vida, vuestra sangre, vuestra honra, vuestra divinidad, y que ofrecieseis por mí y para mí todo cuanto tenéis. Ahora, Señor, que por vuestra mise-

ricordia os conozco por mi sumo bien y mi verdadero Dios; ahora que por vuestra bondad os deseo y clamo á Vos, ¿cómo me habéis de negar cuanto pidiere? No os pido, Dios mío, cosa para mi cuerpo, ni para la vida humana; os pido, buen Jesús á Vos mi-mo que os deis todo á esta alma, y esto es lo que Vos más deseadis.

Ya estáis en precio por pecadores, ya sois de mi cuadrilla, ya moris como los de mi compañía, y sé que estáis muy contento con ella. Venid, Señor y amigo de pecadores; venid también á esta pecadora casa, pues por pecadora es vuestra, y Vos por remedador de pecadores sois mío. ¡Oh hermosura mía, mi verdadera riqueza! Acordaos que cuando entrasteis en casa del pecador Zaqueo dijisteis que en aquel día llenó la salud de Dios aquella casa. Pues entrad, salud de mis llagas, en esta alma. Entrad, vida de mis muertes, en este corazón pecador, y no tardéis, que con vuestra entrada quedará todo limpio y sano. Entrad, mi verdadera alegría, de tal manera que nunca más volváis á salir de esta alma, ni tengáis asco, sino compasión de ella. Ved, Señor, cuán perdida y desbaratada se halla: ved la destrucción que hay en ella de cuantos bienes me disteis, y ved cuán lejos está de frutos de lo que en ella plantasteis. Haced, remedador y salud mía, vuestro oficio; limpiad, alumbrad, curad, abrasad, derretid, cautivad, y renovado todo con Vos. Concededme que no quiera desde ahora en adelante otro poseedor de esta alma sino á Vos, ni dejéis entrar en ella cosa que desagrada á vuestros ojos. Tratadme como quisieréis, y haced que no quiera yo otra cosa. ¡Oh dulce, oh piadoso, oh suave, oh mi Jesús!

Madre de Dios, mi Señora, y gloria del género humano, que tenéis más de este Señor que toda criatura, y que sois, más que todos sabéis cuántas y cuán grandes son las pérdidas de quien le tiene fuera de sí; pues sois la mediadora de los pecadores, y aprendisteis de vuestro benditísimo Hijo á tener misericordia de ellos, ayudadme á ser de la compañía de este Señor; entregadme Vos, y ofrecedme á El; alcanzadme su amor, y que siempre esté preso á El con perfecta imitación y sujeción de todo corazón á su voluntad, y que nunca me aparte de El. ¡Oh ángeles bienaventurados! ¡Oh gloriosos ciudadanos del Cielo que veis, por experiencia, las mudanzas que el amor de este Señor puede hacer en los pecadores y cuánto los purifica y glorifica! Apiadaos de éste mayor que todos; alcanzadme de El que desde ahora comiencen en mí estas mudanzas, y que todo me transforme en sí, que todo me abrase, y todo sin resistencia mía me posea. Amén.